

M. FERNÁNDEZ RUANO

COLECCIÓN DE POESÍAS

PUBLICADAS Á EXPENSAS

DEL

Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO DEL

Sr. D. Francisco de B. Pavón

Cronista de la Ciudad



TOMO I



R.-25.223

CÓRDOBA

IMPRESA Y PAPELERÍA DE "LA UNIÓN"

1892

Publicadas á expensas del
Excmo. Ayuntamiento de
Córdoba por acuerdo de 13
de Agosto de 1892.

R-491

PRÓLOGO

DE cuantos en nuestra Córdoba han cultivado la poesía lírica en la segunda mitad de este siglo XIX, pocos hay que puedan competir en nombradía y justísima estimación con D. Manuel Fernández Ruano.

A poco de fallecer en Agosto de 1888, alzóse un clamor general entre los que se ocupan en amena literatura, clamor á que dió unidad y empuje la prensa local, demandando la publicación de las obras poéticas del mencionado escritor, quien, por la escasez de sus recursos materiales ó por insuficiencia en la protección que había de menester, á más de la alcanzada alguna vez, no pudo ver satisfecho éste su anhelo en que cifró sus más dulces ilusiones y vehementísimos deseos.

Sobre mi voluntaria y lenta tarea de reunir tales obras, perdidas muchas de ellas, y diseminadas otras en papeles y periódicos, vino el acuerdo de la ilustre Municipalidad Cordobesa prohibiendo el proyecto de dar á luz y costear la edición de aquellas producciones. Y como al autor de las presentes líneas fué encomendado el en-

cargo de reunir y preparar para la impresión estos escritos poéticos, y hacerlos preceder de alguna Advertencia proemial,—según el explícito deseo del digno Alcalde Presidente Sr. D. Juan Tejón y Marín—no es dado á el que suscribe declinar la honrosa comisión, por más que haya de limitarse á consideraciones obvias y sencillas acerca del carácter é inspiración peculiar del poeta, sin aspirar al ensayo de análisis profundos y críticas luminosas, para los que la inteligencia, la pluma y los afectos mismos del prologuista le quitan competencia.

Lo que él pensó acerca de la índole genial y carácter del poeta, ya hubo de consignarlo en los apuntamientos de la *Necrología* que le pertenece en el volúmen de las trazadas por esta misma humilde pluma, y de que también fué generoso editor el Excmo. Ayuntamiento. No será, pues, de extrañar, que algo repita y algo juzgue debe omitir de lo indicado en aquella ocasión.

Nótase desde luego un contraste singular entre la modestia con visos de encogimiento y timidez del poeta, y su aliento para escojer altos asuntos y formular ideas y sentimientos, envolviéndolos con el ropaje brillante de las imágenes y la pompa sonora de la rima. No le arredra la magnitud del objeto, ni la importancia del personaje, ni lo nuevo, lo recóndito ó misterioso de la escena en que lo presenta, para desarrollar los propios conceptos sin embarazo ni vacilación, encontrando á cada paso símiles adecuados, frases y estancias de hermosa redondez, periodos de sustanciosa significación y armoniosa contextura que sorpren-

den y maravillan. Cuando con faz meditabunda y adusto ceño parecía el triste escritor abatido mentalmente por las amarguras de la vida real, y deplorar en lucha infructuosa, las injusticias de la suerte, solía su espíritu en la región elevada y serena del pensamiento sostenerse en la esfera de las verdades trascendentales; y experimentando con su luz emociones internas, transmitir las á lectores y oyentes, quién sabe, si con la conciencia de su vigor y alcance.

Suele modificar y dar bulto á lo más abstracto é ideal; y mecido por la undulación compasada de la rima, no se desvía del sentido místico, al osar, por ejemplo, siguiendo de lejos á Milton y Reinoso, materializar con una viva pintura y forma dramática el origen genesiaco de la humanidad en el sucinto poema de *Adán y Eva* con que abre el libro de sus composiciones religiosas.

En *El Sacrificio de Abraham*, que hace treinta años mereció al poeta el jazmín de oro, premio primero del asunto de religión decretado por aquel Jurado, cuyo fallo recibió creces de autoridad de la persona del egregio cantor de *El moro expósito*, afirmó el cristiano vate su reputación con aquel cuadro bíblico de sencillez sublime, que presentado en grave y digno lenguaje, exalta la fe y obediencia del Patriarca y pudo producir vivísima emoción y arrancar lágrimas de varones insignes, harto familiarizados con los resortes poéticos y las bellezas literarias.

Ni su brillantez y gala lucen menos en la *Oda á la Concepción Inmaculada de la Sagrada Virgen*, al transferir al humano idioma lo que en los

coros angélicos se canta de la criatura tipo de pureza destinada por Dios á ser la madre y protectora de nuestro linaje.

Con inclinación un tanto anacrónica, al cantar *La Noche Buena*, vístese el traje pastoril, recuerdo de formas casi olvidadas de nuestra antigua lírica, con dejos de romanticismo popular en la égloga que fué costumbre consagrar á solemnidades católicas y tradicionales.

Cuando eleva al patriarca San José, en plegaria humilde y culta y sentida jácara, sus piadosos ruegos en una reunión de obreros, expone sus deseos de que

Ni los hinche la soberbia,
ni los consuma la envidia,
ni la pereza los hiele,
ni los abraza la ira.

La entrada triunfante de Jesús en Jerusalem es el asunto de una oda de grande entonación. Llena de cadenciosas estancias, y cuyos sublimes pensamientos se cierran con una excitación sentida en la cual mueve al hombre á abrir su pecho á Jesús y á seguirle en su camino de salvación.

Al fluido romance *La Santa cena* siguen las bellas octavas *A Nuestra Señora de los Dolores*, surgiendo entre las galas de la invocación el espíritu devoto y sincero que se identifica con el pesar acerbo de la madre de Jesús. Considerando al hombre-Dios en los momentos solemnes de su carrera, su agonía, muerte y resurrección, arrancan al arpa triste del poeta acentos profundos de conmiseración, mezclados á la oración y arrepentimiento de un pecador contrito.

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles considerada después del sacraficio del Calvario, impele al autor á remontarse á sorprendente altura de pensamientos en el orden teológico. Llama al amor emanación celeste, fuente de vida, luz inefable desprendida desde las cumbres de la gloria, y que vierte espléndidas y santas llamas en el corazón de los Apóstoles para difundir la doctrina y la verdad. Los apóstrofes elocuentes, las amplificaciones hermosas de su frase poética se enseñorean del alma del oyente, y lisonjeando el oído, dominan la atención de los lectores.

Puede causar extrañeza que el género religioso, las verdades del dogma, la historia y tradición bíblicas y la doctrina católica, fuesen los primeros despertadores del númen poético de Fernández Ruano, la nota más vibratoria de su producción y con la que más se alzase el vuelo de su fantasía, contra la moda y espíritu de su tiempo, que, ó no lleva por este camino á brillantísimos ingenios contemporáneos, ó en las composiciones de esta significación se les supone sinceridad escasa, y afectado sentimiento más que profundidad y calorosa fe.

Pudo quizá influir en esta predilección de su gusto, con ejemplos y coincidencias, la conexión amistosa que unió á nuestro vate, al florecer su juventud, con D. Amador Jover y Sanz, con el cual la comunidad entonces de lecturas y conferencias literarias en trato íntimo, y la afinidad de principios como creyentes, llevó al primero á un lirismo que el segundo compartió con estu-

dios filosóficos, sin vocación tan exclusiva, ni el espíritu de expansión fantástica del Ruano. Pero el misticismo de éste, en verdad, dista del subjetivo, sóbrio y menos florido de un Luis de León ó un Malón de Chaide; del del Conde de Rebolledo; y hasta de un Larmig en nuestros días. Estos vuelos de inspiración del poeta cordobés amoldánse á las formas clásicas, con menos sencillez que en alguno de los antes citados, pero lejos del artificio de Herrera, parecen aproximarse, en su natural estro, al que seduce en los varoniles acentos de Quintana y de Gallego.

Sensible á los atractivos de la gloria de su patria, el prestigio de la tradición, asimismo religiosa, y la historia del suelo natal le impulsan á cantar á los Mártires cordobeses San Acisclo y Santa Victoria, y á San Eulogio; y el culto consagrado por las creencias populares y una piedad secular, á San Rafael ó á Nuestra Señora de la Fuensanta. Siempre los ornatos y arreos de su musa le sostienen en una entonación constante: y las comparaciones y metáforas, los periodos elegantes, y las sonoras rimas, reciben nuevo brillo de los recuerdos de la Córdoba romana ó de posteriores épocas, las cuales anima con descriptiva proligidad; ó coloreando con diestro pincel cuadros, escenas y personajes de remotas centurias, al grabar la huella de su admiración y tierno afecto á la tierra donde vió la luz, y de la que apenas se separó en la carrera de sus días.

Fijando la consideración en otras poesías de distinto objeto, en su oda al *Canal de Suez*, revela el entusiasmo con que evoca su alma los recuer-

dos, interesantes sobre todo encarecimiento, de la historia del más antiguo de los pueblos del mundo; y tras una serie de apóstrofes al suelo africano, al Nilo, á Tebas, á la tierra de los monumentos colosales, y á la Sagrada Palestina, realza en pomposas estancias los bienes de la ciencia, de la paz, de las artes y de la cultura prodigiosa, á que tanto se esforzó en servir el ingeniero ilustre, cuyo nombre omite tal vez adrede, fascinado por la grandeza de la obra, la cual empequeñece al individuo, aunque glorifique á todo un Lesseps eclipsado en la interna consideración del vate ante el soberbio triunfo de la humanidad sobre la naturaleza, sometida al saber, al estudio y la constancia.

En una brillante sesión literaria, celebrada años hace por uno de nuestros Ateneos de Córdoba, extinguidos después de breve periodo de vitalidad y esplendor, la poesía precedentemente mencionada, fué leída con otra al mismo asunto del malogrado y célebre lírico de Jaén D. Bernardo López García, y mereciendo justísimos aplausos la inspiración potente y enérgica, y la recitación animada y como torrencial del eximio cantor del *Dos de Mayo*, todavía no deslució al cordobés, con desventajas á la sazón, y apagamiento de su voz é índole genial. Hoy duermen en el sepulcro ambos poetas, y azares deplorables luchan con la gloria del sabio y perseverante emprendedor francés, á riesgo de manchar sus venerandas canas.

En 20 de Abril de 1870 imprimió *El Tiempo*, periódico de la corte, la *Oda al Príncipe Alfonso*.

Blasonaba quien la escribiera de ser el primer poeta español que saludó como súbdito al sucesor de nuestros monarcas. Quizás confundía entonces sus votos y esperanzas personales con los de la patria, resentida de grandes sacudimientos. Canta con sublime entusiasmo, en serie de pensamientos felices, y en tiradas de bellísimos versos la personificación de esa patria, con sus recuerdos de pasadas glorias, con la ilusión de venturas venideras; él, humilde é ingenio infortunado que á ningún partido debió favores ni aun menguadas honras; pero tan amigo de la tradición, como de los adelantamientos sociales, incompatibles con tiranías de abajo ni de arriba, y recto, pacífico, cuerdo y piadoso por temperamento y educación.

Más tarde rindió homenaje al mismo Alfonso XII, ya Rey por la restauración monárquica.

Habíalo ofrecido de admiración y loores, á nuestro inmortal compatriota Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán de nuestros siglos más gloriosos.

Al Dos de Mayo lo tributó igualmente, no temeroso de ejercitarse en cantar la gloria y desastre que sacó tonos tan conmovedores de las liras de Gallego, Arriaza, Espronceda y el mencionado López García, ya en días distantes, y con entibiado entusiasmo por tan sangrienta y fecunda jornada.

Con nuevo giro emprendía un estudio de mayor meditación en su poema de *Carlos V*, escrito con notable valentía y alteza de pensamiento, obra no concluida; canto del cisne, con el que el trova-

dor modesto solía suspender y admirar á sus oyentes amigos al bosquejar los rasgos y querer descifrar las luchas del alma de la gran figura del César moderno, que al decir de Balart,

Supo en la vida conquistar la tierra:

Supo en la muer te conquistar el cielo.

No parece oportuno citar, una por una, tantas otras composiciones, dictadas por la ocasión, las solemnidades y usos sociales, y las circunstancias de la vida personal; obras ligeras, ó íntimas, ó juguetes á que concurrían la agudeza, la intención y la filosofía en conceptos casi siempre adecuados. Entonces lo ingenioso, lo breve de la frase y sentencia sepáranle de aquella seriedad reposada, con que en asuntos más graves la expresa. *Los dos viajeros*, *A Calderón*, y varias poesías de tono festivo indican este carácter.

No hay en sus versos galantes desbocada ó encubierta sensualidad, ni en sus querellas amarga misantropía; ni en lo más interno y privado de sus desahogos líricos se han encontrado notas de escepticismo, de malignidad, ni rasgos satíricos, ó cosa que deje de corresponder á la bondad de su alma y á la decencia de sus costumbres y lenguaje.

Siendo para Fernández Ruano la poesía todo su esparcimiento, la vida y ejercicio constante de su espíritu, intentó con resolución el cultivo de géneros diversos, como fueron el de la epopeya y el dramático.

Refiérense al primero los siete cantos que llamó *épico religiosos*, consagrados á la *Conquista de Córdoba*. Acaso los compuso cuando éste

fué el asunto ofrecido á la competencia y premio de unos Juegos Florales de ésta su patria. Mas no se recuerda que el autor hablase de ellos entonces, ni los recitase á ninguno, ocultándolos de propósito, como hizo con otros escritos, que talvez no los conceptuaba en su severa conciencia tan maduros y perfectos como habría deseado. Mas no se ha de olvidar que usaba de loable discreción al recitar sus obras. Sólo cedía al ruego, no preparado por él, de los que se lo pedían con sinceridad inequívoca, sin regodearse ni engreirse con la impresión producida posteriormente. En la *Conquista de Córdoba* no es tanto la narrativa historia, más ó menos enriquecida y floreada, como, á modo de máquina, los resortes de la influencia celestial y la protección de la Virgen santa lo que el poeta busca, como fuente de grandeza é interés. Esto le inspira bellas octavas y primorosas descripciones, y concuerda con su vocación.

Quiso también obtener triunfos, y repitió ensayos y tentativas en la poesía teatral, al cabo menos estéril que las otras ramas del arte, para el provecho material y lucrativo. No se le logró, á lo que parece, probar y aquilatar este género de talento en la ejecución escénica, aunque recibió promesas de protección y augurios de favorable acogida, de parte de artistas versados y competentes. Prefirió, entre las formas de fábulas dramáticas, la de la zarzuela, puesto que á ella se acomodaba su facilidad de versificar, ligada á los efectos musicales. El que esto escribe ha podido recoger los borradores ú originales de *El espec-*

tro juez, Las apariencias engañan y Bufón y alquimista, y no los ha encontrado de *Todo extremo es vicioso, La Paz*, loa, y de alguna otra pieza dramática cuyo título oyó de los labios del cantor. A los borriones y fragmentos de la bosquejada para titularse *D. Sancho el Bravo*, no puede darse orden ni forma. En el argumento de algunos de estos ensayos dramáticos juegan personajes de gran significación histórica, como Antonio Pérez, Felipe II, el Conde Duque de Olivares y Felipe IV. Pero puede dudarse que no estén en su representación rebajados á los rasgos de la caricatura, y que el movimiento de la acción y la formalidad de los resortes, respondan á los aciertos del poeta en el dialogar y en la espresión jovial de conceptos que hacen grata su lectura.

Predomina en sus facultades el lirismo, y á él se debe la abundancia de producción, no de todos conocida y de que apenas da idea la multitud de papeles, ilegibles desordenados é inconexos. Era continuo el trabajo de su imaginación y de su pluma. Exuberancia de imágenes, descripciones, frases y amplificaciones, acumulación de luces y colores del cielo y de flores y aromas de la tierra, pueden traer cansancio y monotonía, y mucho más si la vulgaridad del objeto cantable rebaja y limita su interés. Contra él conspiran también la extensión y desleimiento de las composiciones.

Por éste y otros motivos se han descartado no pocas del conjunto de las destinadas á la estampa, incluso varias de pocos versos. Alguna de asunto familiar no pide tanta pompa al canto ni tanta gala al mundo externo, como afectos y

emociones al alma. Se omite la titulada *A mi amada tía D.^a Josefa Ruano*, la consagrada *Al descubrimiento de América*, hecha con mucha anticipación al reciente y festejado aniversario, y que en asunto tan manoseado, aunque simpático, por su importancia excitó el númen del poeta; algunas redondillas y letrillas eróticas á que él mismo no dió demasiado aprecio; unas odas muy difusas *Al Génió*, *A la Ilustración*, con falta de corrección y sobra de asonancias; *Mi primer amor*, con más de 500 versos, y otras piezas que deben estimarse como meros ejercicios del autor en el arte rítmica.

Y con todo no deja de ser crecido el número de las que se dan á luz, sin que se excluyan muchas de galantería para amigos y amigas, con las que el recuerdo y firma del poeta debe quedar asociado á la memoria y gratitud de las personas objeto de sus finezas.

En cuanto al orden, se ha seguido para el primer grupo el señalado en apuntes íntimos por el propio autor; y en otras secciones, el sucesivo del hallazgo de las obras, para dar sin más retardo materia á la impresión, que con cierta impaciencia y con plazos apremiantes se determinaba. Tal vez la incoherencia de asunto, formas y tono contribuya á evitar el hastío y sostener la complacencia de los lectores.

No es del caso aquí hacer referencia á varios otros escritos y trabajos en prosa de Fernández Ruano. Si no son su primer título de gloria, no desmerecen el concepto de su clara y cultivada inteligencia, del sano criterio que la guiaba y de

la rectitud de su juicio y su corazón. Reunir y conservar estos escritos, esparcidos en varias publicaciones de escasa circulación, podría ser tarea de una amistad diligente para en adelante.

No sé si en el cúmulo de poesías líricas con que la España literaria se ha enriquecido en nuestros días se guardará un lugar conspicuo á las del autor, cuya cabeza era fuente copiosa, nunca intermitente de versos. Mas la Córdoba poética los recoje con predilección y justicia, y une un propósito de vindicación, por el desdén con que el autor fué tratado en vida por la fortuna.

Su género preferido de antiguas odas altisonantes podrá haber pasado de moda, y la especialidad de estilo, fondo y ornato, con que se explayaba morosamente en su factura. Pero acaso repetida en lectura y audición, muy posteriormente á su fecha, y sin asociación de ideas personales, aumentarán su agradable efecto.

No se olvide que carecen estas inspiraciones de la lima y corrección, como en su conjunto de la selección y poda que hubieran recibido de manos de su autor. Aun los más afamados, como Lope de Vega y nuestro incomparable Zorrilla, nada perderían de su gloria con reducirse á más estrechos límites los frutos de su labor fecunda.

No quiero finalmente traer á cuento la comparación de este ingenio con otros de su cuna y de sus días, á quienes exaltan en reputación innegables merecimientos y favores de alta procedencia. Los asomos de emulación, si los hubo, sentidos por Ruano, fueron superados y cubiertos por el tierno y fraternal afecto profesado á Gri-

lo. De las festivas lizas de uno y otro, en métricas improvisaciones, selladas con el temperamento respectivo, guardan algunos gratísima memoria.

Fernández Ruano no se inclinaba á poner prólogo á sus poesías. Sentiría el que lo escribe por deber propio é impulso ageno, que su liviana obra se calificase de póstuma desdicha del poeta cordobés.

Córdoba 25 de Noviembre de 1892.

FRANCISCO DE BORJA PAVÓN.

ADÁN Y EVA

TOMO I.

1